

ría publicada en torno a estos personajes y probablemente también el desconocimiento de lo que es un lenguaje directo y cinematográfico, hacen de estas obras (insisto, salvando sus muchas distancias) unos productos menos vivos de lo que merecían. De cualquier forma, "Antonio Gramsci" es una película altamente recomendable. ■ G.

"Querido papá"

La famosa "comedia italiana", que engloba autores muy contradictorios entre sí, pero que ofreció hace una docena de años la frescura de un lenguaje más directo que el de un Hollywood sofisticado, empieza a encontrarse con serios problemas. Ya no vale reírse de las infidelidades de un marido o de las aventuras de un médico estatal. Italia ha entrado en cuestiones distintas, se tensa el ambiente en el exterior y la "comedia italiana" se ve obligada a opinar sobre todo ello. Lo malo es —si elegimos como ejemplo este "Querido papá" de Dino Risi— que no ha variado la óptica y con el mismo criterio con el que narraban las distintas formas en que un atormentado marido pensaba zafarse de su insostenible mujer —"Divorcio a la italiana", por ejemplo— se enfrenta ahora al terrorismo, a la "diferencia generacional", a la juventud metafísica que busca refugio en doctrinas orientales, a la descomposición de la familia como órgano motor de la sociedad... Y no vale. Lo que antes era nuevo o divertido, incluso incisivo, se queda ahora en superficial, en boceto intolerable.

Algo de esto le ocurre a "Querido papá", donde, si bien existen esos cuatro o cinco "gags" que nos recuerdan al Dino Risi de películas anteriores y nos devuelven el talento de ese gran histrion que es Vittorio Gassman, tenemos la impresión de haber sido engañados, es decir, de haber asistido al discurso de un analfabeto ingenioso, pero sin la posible gracia de la ingenuidad. Risi no es un ingenuo, sino un tramposo, sabe muy bien que se mete en camisa de once varas, pero no le importa demasiado. Debe creer que aún somos más tontos que él mismo. Y soluciona la cuestión del terrorismo con una trampa melodramática, y

nos dice que los terroristas son aquellos hippies que él tanto debió odiar "porque no se lavaban", y nos explica que las jovencitas que abandonan sus hogares son unas histéricas insostenibles... Y nos dice cosas mentirosas con la disculpa de que también se ríe de la sociedad de los grandes hombres de negocios y de la incomunicación de una familia de ricos llenos de manías.

Pero esta es una risa prefabricada. Y nos queda al final el sabor de haber perdido una tarde entera, de no haber averiguado nada nuevo sobre los problemas que nos acucian. ■ G.



1980

Tres jóvenes críticos de arte españoles han tenido el atrevimiento de firmar, a la nueva usanza europea y americana, una exposición de diez pintores en los que cifran la esperanza de la década. Una proclama inaugu-

ral y el marco espléndido de la siempre inquieta Galería Juana Mordó realzan la muestra, que alcanzará, sin duda, todas las cotas polémicas que el mundo artístico madrileño puede permitirse. La valentía de los críticos está condicionada por el reiterado respaldo que de una u otra manera ya dieron a estos pintores, pero de todas formas ofrece un blanco demasiado vulnerable. Las profecías tienen sus riesgos y las ruletas de la Historia siempre pueden cantar el cero y se lo queda todo la banca. Carlos Alcolea, José Manuel Broto, Miguel Ángel Campano, Chema Cobo, Gerardo Delgado, Pancho Ortuño, Guillermo Pérez Villalta, los hermanos Enrique y Manolo Quejido y Rafael Ramírez Blanco son los escogidos como estandartes de los ochenta, los diez plenos en los que estos tres críticos (Juan Manuel Bonet, Angel González García y Francisco Rivas) ponen todas sus fichas. Ellos creen en la victoria, y además que es extensa, intensa, y lo más arriesgado: irreversible. Estos serán —según el augur— los pintores representativos de "lo que va a ser la pintura de los ochenta en nuestro país". Hasta aquí, el enunciado

más grave y los corajes más apoyables. A cara descubierta libran una batalla por unos valores en los que creen. Y son valores muy diversos, que responden a muy distintas maneras de entender la pintura y contra la opinión de los firmantes de calidades igualmente dispares. Todos vienen de eso que falsamente se sigue llamando vanguardia, pero de ismos distintos, que fueron vanguardia en décadas muy diferentes. De ahí la perplejidad ante un arquetipo de la pintura de los ochenta tan desconcertante. Algo pasa, desde luego, y está muy bien que algo pase y nos salve del aburrimiento, pero pintar toda una década con tantos ecos sería la constatación no ya de que las reiteraciones pueden ser infinitas, sino que la crisis del arte moderno es mucho más fiera de lo que nos la pintaban. El año 1984 está demasiado cerca, y jugar con los oráculos puede darnos un susto.

Guillermo Pérez Villalta

Una nueva exposición de este joven y ya célebre pintor es siempre un acontecimiento para los que siguen la nueva pintura española. En la Galería Vandrés, de Madrid, ofrece Guillermo Pérez Villalta una visión muy coherente de su última obra, en la que la luminosidad mediterránea acabó ganando la vieja batalla con la metafísica naïf y la meticulosidad de la tentación hiper. Una fiesta, alegre o dramática, pero siempre fiesta, preside sus telas, en las que la literatura en su vertiente más mágica y los reflejos de la vida moderna quedan marcados con una enorme gracia y con mucha maestría. La anécdota, siempre rica, se ve respaldada e incluso restaurada por la constante exhibición de sabiduría, que roza en la erudición pictórica, que Pérez Villalta asume en forma de homenajes. Desde la hermosa tela del sacrificio del dragón hasta la completa visión del taller que ilustra esta nota hay una fuerza de autenticidad y de fragancia de nuestros días que nadie puede ya negarle. Y un espíritu de aventura muy reconfortante. ■ MARCOS-RICARDO BARNATAN.

"El taller" (1978-1979), de Guillermo Pérez Villalta.

